

Colle HEC 2.

6 Alexandre 2007
31 Janvier 2008

Fútbol, sinónimo de violencia

En un principio, hasta pudo creerse que la violencia en el fútbol era una epidemia que, tarde o temprano, acabaría por ser curada. Ahora, reiteradas comprobaciones amargas tienden a demostrar que, merced al desinterés, la nula idoneidad y la desvergonzada conducta de quienes deberían interesarse en ponerle remedio, esa aberración del deporte se ha convertido en una enfermedad endémica en la Argentina.

El relato pormenorizado de cuantos escándalos han sido vividos en nuestras canchas ocuparía varios tomos de respetable grosor. Pero si para muestra basta un botón, no es menester ir demasiado lejos: el fin de semana último, los disturbios se expandieron por el interior del país. Santa Fe, Jujuy, Pergamino y Salta vivieron episodios de esa violencia que denigran al fútbol como espectáculo y, por supuesto, se mofan del concepto universal del deporte.

Las autoridades se conforman con reiterar sus declaraciones huecas y estériles. Salvo contadas excepciones, los dirigentes -encabezados por el eternizado presidente de la Asociación del Fútbol Argentino (AFA), Julio Grondona-, de por sí incapaces de administrar correctamente sus propios clubes, oscilan entre la hipocresía y la impotencia para eliminar al monstruo que ellos mismos ayudaron a engendrar.

Las fuerzas policiales, huérfanas de colaboración apta para prevenir, apelan a tardías acciones represivas. Los aficionados pacíficos, una mayoría por la que nadie se preocupa, huyen de los estadios o son víctimas de tantos desatinos. Por fin, las barras bravas, bandas delictivas tristemente célebres, y sus cómplices, siguen haciendo cuanto les viene en gana.

Cada vez que se ha hecho un mínimo esfuerzo sincero y razonable con miras, por lo menos, a empezar a ponerle punto final a esta aberrante demostración de antisociabilidad y de desprecio por la convivencia, ha sucumbido en un mar de indiferencias y complicidades. Daría la impresión de que, por temor, por desidia o por intereses políticos -o por todas a la vez-, nadie se ha atrevido a promover, respaldar y realizar la intervención decisiva que, hundiendo el bisturí en tanta podredumbre, extirpase este mal de raíz y sancionara con toda severidad a sus responsables, ya fuesen actores, inspiradores o encubridores.

Formalizar esa limpieza no es una tarea imposible. En otros países se ha podido hacer: ¿por qué no en el nuestro? Faltan, probablemente, determinación y aptitudes. (...)

"A grandes males, grandes remedios", dice un antiquísimo proverbio. Sin embargo, no hay quien sea capaz, por ejemplo, de establecer radicales quitas de puntos para los clubes que den albergue a los atropellos, a sus autores y, por supuesto, a los que los apañan desde las sombras. Sobran las explicaciones -meras excusas- de por qué no se hace nada. Y cuando a duras penas se hace, equivale a inocuos paños tibios, a una blandura impropia de la gravísima situación presente.

Desde no hace mucho tiempo se está probando la innovación de impedirles a las hinchadas más agresivas ingresar en las tribunas donde juega el conjunto con el cual simpatizan. Pero, lamentablemente, por ahora esa medida sólo ha sido aplicada a entidades de las categorías inferiores y no a las instituciones con evidente peso político en el seno de la AFA.

Alguien debería arremangarse y enfrentar ese desafío con sincera voluntad de superarlo. Entretanto, la subsistencia del consentido predominio de los violentos seguirá siendo una vergonzosa mancha que ensucia a nuestro fútbol, aquí y en el exterior.

La Nación (Argentina), 8 de octubre de 2006